7206

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

200

MISA DE TROPA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO S. PASTOR.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS.—2—2.°

1885.

22

MISA DE TROPA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO S. PASTOR

Representada por primera vez en el Teatro LARA de Madrid la noche del 12 de Marzo de 1885.

A mi querido condiscípulo y aplaudido actor Ricardo Mesa

Emilio S. Pastor

MADRID:
Imprenta de La Iberia, á cargo de José Blasco
LOPE DE VEGA, 23 Y 25, BAJO.

1885

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA RITA	Sra D.ª Balbina Valverde.
CÁRMEN.....	Sta. D.ª Sofía Alvera de Nestosa.
DON ROQUE.....	Sr. D. Julian Romea.
DON LESMES.....	Sr. D. José Mesejo.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá imprimirla ni representarla en España y Ultramar, ni en los paises donde haya celebrados ó en lo sucesivo se celebren tratados sobre propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

D. FLORENCIO FISCOWICH, dueño de la Galería El Teatro o sus comisionados de provincias son los únicos encargados de conceder ó negar el permiso para su representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA BALBINA VALVERDE.

Al permitirme V. que le dedicase esta obra, me ha concedido uno de los mayores honores que en el campo de la literatura dramática pueden apetecerse: el de que mi humilde nombre pueda figurar una vez al lado del suyo, merecidamente glorioso en la esfera del arte.

Este es, pues, un título más á la gratitud que por la interpretacion de MISA DE TROPA debe á V.

EL AUTOR.

672970

ACTO ÚNICO.

Gabinete modestamente amueblado; á la derecha balcon; en el centro una camilla; puerta al foro y á la derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA.

D. LESMES escribiendo en la mesa, CÁRMEN leyendo.

D. LESMES. Sigue.

CARMEN. «A la una saldrán las tropas de los cuarteles y se dirigirán al Paseo de Recoletos. La infantería apoyará la cabeza en la Fuente de la Cibeles...»

D. LESMES. No es muy blanda la almohada.

CARMEN. «Y se extenderá hasta el Obelisco.—¡Infame, gritó Amanda!»

D. LESMES. Pero, mujer, ¿qué lees?

CARMEN. Es que me he pasado al folletin.

D. LESMES. Bueno; ya sabemos bastante. Hoy no se almuerza.

CARMEN. Mira, mira. (Leyendo.) «A las cinco, quinta ascension en el globo Gigante del capitan... Sis... las... chec...» No se puede pronunciar este capitan.

D. LESMES. ¡Vaya si se pronunciará! Un capitan que asciende tanto ¿quieres que no se pronuncié? Resúmen, que hoy tampoco se come en esta casa.

CARMEN. (Volviendo á leer.) «Las músicas de la guarnicion, darán una serenata, esta noche, al ministro de la Guerra.»

D. LESMES. ¿Serenata?... bueno. ¡Tampoco se cena! ¡Válgame Dios, qué dia!

CARMEN. (Dejando el periódico.) No te enfandes, papá. ¿Quieres que esté metida todo el dia en casa? Mamá tiene razon. Si me he de casar, es preciso que la vean á una.

D. LESMES. ¡Pero, hija! Si ya has tenido más vistas que una Audiencia... y ya ves, no te has casado.

CARMEN. Porque somos pobres. Mamá lo dice: no tengo más que la belleza, y hay que lucirla.

D. LESMES. Sí, eso dice mamá... y tu abuela tambien lo diría, si viviera; pero, desengáñate, el buen paño en el arca se vende.

CARMEN. Eso decian antiguamente. Mira la de ahí al lado. Su tío, el capellan del regimiento de España, la tiene siempre encerrada y no ha conseguido un novio, mientras que yo...

D. LESMES. Sí, tú tienes uno por semana; pero el resultado es que estás soltera.

CARMEN. Porque hasta ahora todos se han llamado andana.

D. LESMES. ¿Andana? ¡Si los has tenido de todos los apellidos conocidos! El último se llamaba Casado. Ya ves qué nombre tan propio para un marido, y no se casó.

(Suena la música de un regimiento que pasa por la calle.)

CARMEN. Ya va el regimiento á misa, y mamá sin venir de la compra. (Se aproxima al balcon.)

D. LESMES. Es verdad; ahora os marchareis tambien... ¡Adios mi desayuno! Voy á concluir estas fajas para el *Boletin de los Párrocos*, porque la tarde la puedo contar perdida. ¡Querreis que os acompañe!

CARMEN. Ahí va el alférez á quien dí calabazas. El capitan que siempre que me ve dice que así se mu-

riesen todos los hombres y todas las mujeres, para quedarnos él y yo solos en el mundo.

D. Lesmes. ¡Qué bruto!

Carmen. El teniente feo... el capitan de la cuarta... ¡ay! el sargento bonito... el alférez Pagel. ¡Buenos pájaros están los dos!

D. Lesmes. Querrás decir buenos peces. ¡Pagel y bonito!

Carmen. Ya han pasado; ¿pero dónde estará mamá? Verás cómo llegamos tarde á misa. (Quitándose del balcon.)

D. Lesmes. Misas hay hasta la una.

Carmen. A mí no me gusta más que la misa de España.

D. Lesmes. No faltaba más sino que pretendieras ir á misa de Francia.

Carmen. ¡Si hablo del regimiento!

D. Lesmes. ¡Ah! vamos... sí.. ya comprendo: hablas del regimiento...

Carmen. Es la misa que se oye con más devocion. ¡Tocan unas habaneras en el Evangelio!

D. Lesmes. Sí, eso convida á bailar, digo, á rezar. Ya suena tu madre.

Carmen. Gracias á Dios.

ESCENA II.

Dichos y DOÑA RITA.

D.ª Rita. (Entra con una cesta en el brazo y una jarra en la mano.) ¡Ay! sofocada me teneis.

Carmen. Ya es hora.

D. Lesmes. A ver si podemos ya desayunarnos.

D.ª Rita. ¡Qué plasa que tenemos! Un ojo de la cara te sacarán.

D. Lesmes. ¡Ave María! ¡Un ojo!

D.ª Rita. Por las nubes te verás la carne.

D. Lesmes. ¡La carne por las nubes! Eso es como ver un buey volando.

D.ª Rita. ¿Burlitas te hases?

D. Lesmes. Perq, hija, si cada día hablas peor el castellano.

D.ª Rita. Habla tú vascuense, pues. Peor lo harás.

Carmen. De seguro; el eúskaro es muy difícil.

D. Lesmes. El euska... ¿qué? ¡Qué aficionada se ha vuelto esta chica á las palabras difíciles!

D.ª Rita. (Sacando de la cesta lo que el diálogo indica.) Para almuerzo, chocolate crudo tendremos.

D. Lesmes. ¡Ay de mi estómago!

Carmen. Pero deja eso ahora, y vámonos, que ya estarán en la Epístola.

D.ª Rita. Nunca callarás. A la comida escabeche... de Bermeo es.

D. Lesmes. ¿Crudo tambien?

D.ª Rita. Tonto, á la fábrica cuesen. Si no ¿cómo se hase el escabeche? Mira, habas.

D. Lesmes. Hombre, habas; gracias á Dios. Aquí se cocerán habas, siquiera para no desmentir el refrán.

D.ª Rita. Mucho te equivocas. Verdes con pan buenas te saben, antigua comida es.

D. Lesmes. Si; las habas verdes son muy antíguas: ya se cantaban cuando yo nací.

Carmen. Y de cena ¿qué traes?

D.ª Rita. Bola, que al padre te gusta y todo se traga.

D. Lesmes. Sí, yo me trago todas las bolas.

D.ª Rita. Quesito de bola digo.

D. Lesmes. ¡Crudo tambien!

Carmen. Pero, papá, ¿quieres guisar el queso?

D.ª Rita. Déjale, tonto es. (Suena la campanilla.)

Carmen. ¿Quién será?

D. Lesmes. Alguno que vendrá á pedir dinero.

D.ª Rita. Anda, ves y verás. (A Cármen.)

Carmen. El corazon me dice que se trata de mí. Voy. (Vase)

ESCENA III.

DOÑA RITA, D. LESMES, luego CARMEN.

D. Lesmes. De fijo, alguno que viene á cobrar lo que nos prestó. D. Serapio. Dijo que del 7 de este mes no pasaba. Es seguro.

D.ª Rita. Sí, fresco te andas.

D. Lesmes. Muy fresco, particularmente con este alimento. ¿No sería mejor para el estómago que guisaras unas sopitas de ajo?

D.ª Rita. Cosinera querrías tú tener.

D. Lesmes. Yo no, pero todas las esposas de tu posicion guisan.

D.ª Rita. Esclava en la cosina me quieres tú; y la niña sin casar.

D. Lesmes. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

D.ª Rita. Hoy dia es presiso lusir. Más malos que hombres no hay. Por los ojos has de meter las hijas y no te querrán.

Carmen. (Entrando.) ¡Mamá! ¡Qué sorpresa!

D. Lesmes. ¿Era un acreedor?

Carmen. No.

D. Lesmes. Entonces dices bien: es una sorpresa.

Carmen. Abro, y aparece un señor muy agitado.

D. Lesmes. ¡Claro; la escalera!

D.ª Rita. El tres de oros... visita te da siempre.

D. Lesmes. ¡Adios, ya salieron las cartas á relucir! Eso es cosa de brujas.

D.ª Rita. Mucho sabes tú. Sigue. (A Cármen.)

Carmen. Pues, bueno, me dice:—¿V. es Carmela?—Y yo le digo: Es igual, porque me llamo Cármen. En seguida bajó la voz, y dijo:—¿Está mamá sola?

D. Lesmes. ¡Vaya una pregunta rara!

D.ª Rita. ¡Callarás! Siempre los cuentos destripas.

Carmen. No está sola, contesté yo; y entonces exclamó: —Volveré antes que se acabe la misa de tropa: soy el que vengo á tratar de su felicidad. Vuelvo...—Y se fué.

D. Lesmes. Quedamos enterados.

D.ª Rita. La cabeza nos romperemos entonses.

Carmen. ¡Cómo encanta lo misterioso! En todos los folletines hay algo parecido.

D. Lesmes. ¡Qué cosa más rara quererte ver sola y durante la misa de tropa! (A doña Rita.)

D.ª Rita. Cosa de la niña tenemos.

Carmen. Eso está claro.

D. Lesmes. ¿Y tú no lo conoces?

Carmen. No le he visto jamás; pero él debe conocerme á mí mucho.

D. Lesmes. Claro: como que siempre te tiene tu mamá en la calle.

D.ª Rita. No como la del curita estarás; monja la quiere haser... un caballero... pronto sabremos.. en las cartas todo lo verás.

D. Lesmes. ¡Ah! bueno. ¿Vas á consultar la baraja? Pues yo me voy á llevar estas fajas al *Boletin de los Párrocos*, á ver si me pagan.

D.ª Rita. Bueno, sola me pillarán, pues.

Carmen. Sí, sí; eso... ¡Si vendrá á robarme!

D. Lesmes. ¿A robarte? ¿Tenía trazas de ladron?

Carmen. No, papá; á robarme, como á la condesa del *Cuerno de Oro*.

D. Lesmes. ¡Calla! ¿Han robado á esa señora?

Carmen. ¿No te lo leí anoche? Un coronel.

D. Lesmes. ¡Hombre, y un coronel se dedica al robo!

D.ª Rita. Torpe estás... ¿No recuerdas la novela de los *Cuernos del Oro*.

D. Lesmes. ¡Ah! Vamos, sí: entre las dos me vais á volver loco. Una con las cartas, otra con los folletines... y luego comer siempre crudo.

D.ª Rita. No te tardes en las párrocos.

D. Lesmes. ¡Las párrocos! ¡Si te oyera la Academia! No me tardo, no... hasta luego. (Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA RITA y CÁRMEN.

D.ª Rita. ¡La pesadez nunca te faltó! (A D. Lesmes despues que haya salido)

Carmen. Ese hombre debe ser el padre del violinista del café de la Mancha.

D.ª Rita. ¡Vaya V. á saber!

CARMEN. Se le parece mucho... Y tambien se da un aire con el padre del teniente aquel...

D.ª RITA. ¿Qué teniente es?

CARMEN. ¿No te acuerdas? El padre de Jesús.

D.ª RITA. El Padre Eterno es entonses.

CARMEN. Mamá, no tomes á broma esas cosas.

D.ª RITA. (Sacando la baraja de la cómoda.) Ahora sabrás; fijo nos dirán las cartas.

CARMEN. Las cartas nunca nos han anunciado nada agradable.

D.ª RITA. (Se sienta junto á la camilla y empieza á barajar.) Desconfiada te me haces.

CARMEN. Es el padre del violinista, por fuerza. (Distraida.)

D.ª RITA. (Despues de hacer tres montones con la baraja, coge uno y lo presenta á Cármen.) Córtate... ya.

CARMEN. (Distraida.) No, si yo no me corto; ¡pues bonito genio tengo!

D.ª RITA. Que alses te digo. (Cármen alza y doña Rita coloca el monton sobre la mesa y lo bendice.) *In nomini Patris, Filis, Espiritis Santos.*

CARMEN. Amén.

D.ª RITA. (Descubriendo las cartas del monton indicado, poco á poco.) Cuatro de oros... ¡Boda hay!... Más oros... Rico se presenta el...

CARMEN. ¡Qué alegría!

D.ª RITA. Dos de copas... Un veneno te comerás.

CARMEN. ¡Dios mío! Pero me salvaré, ¿verdad?

D.ª RITA. Disgusto próximo tienes.

CARMEN. Ya lo creo: figúrate, ¡para tomar un veneno!

D.ª RITA. Sota de espadas... una mujer te atraviesas con el novio.

CARMEN. La sobrina del cura del lado.

D.ª RITA. Otra sota. Dos mujeres pelinegras; vences... tres de bastos te protegerá.

CARMEN. ¿De veras?

D.ª RITA. (Despues de mirar con detencion las cartas.) Dos hijos tienes.

CARMEN. ¡Mamá, eso es una barbaridad!

D.ª RITA. Rico el marido vendrá Feliz estamos... tu marido salió.

CARMEN. ¿Quién es?

D.ª RITA. El caballo.

CARMEN. ¡El caballo!

D.ª RITA. Bay, bay; el caballo de espadas..... Militar será.

CARMEN. ¿De ingenieros?

D.ª RITA. No.

CARMEN. ¿Pues cómo?

D.ª RITA. Rubio le tomarás el pelo.

CARMEN. ¿Tomarle el pelo?

D.ª RITA. Infiel fué. Negocios salieron mal. Peligro el mar. Banquete espléndido comerás. Anónimo viene. Mala lengua tienes. Una mina te sale... cuatro tiros dan... Incendio te quemas... Viuda quedaste ya.

CARMEN. ¡Qué horror!

D.ª RITA. Más caballitos te corren.

CARMEN. ¿Más bodas?

D.ª RITA. Mucho subirás arriba... Sinco de oros dicha permanente es... (Suena la campanilla.)

CARMEN. La visita anunciada.

D.ª RITA. (Guarda las cartas á toda prisa.) Ese padre misterioso es; abre la puerta que pase aquí.

CARMEN. ¿Qué dirá al ver que no hay criada?

D.ª RITA. Anda: el sinco de oros no te miente; dicha por las puertas te entrará.

CARMEN. Voy. (Vase por el foro.)

D.ª RITA. (Viéndose en el espejo.) Qué pelos me tienes y facha estoy; entretén tú mientras avío. (Coge la cesta y vase derecha.)

ESCENA V.

CÁRMEN y D. ROQUE.

CARMEN. Por aquí. (Entrando.)

D. ROQUE. Al que Dios no le da diablos, el hijo le da sobrinos; digo, ya me equivoqué.

CARMEN. Tome V. asiento. Mamá sale en seguida.

(Se sientan.)

D. ROQUE. Sospechará V. á lo que vengo.

CARMEN. Ya lo creo que sospecho.

D. ROQUE. Yo soy su tío.

CARMEN. ¡Mi tío!

D. ROQUE. Nó, el tío de él.

CARMEN. ¡Ah! él.

D. ROQUE. Se muere por V. Ultimamente me dijo: «Rio, pásame el tío;» digo, al revés. Y yo, que tengo muy buena voluntad, dije: las señas; mañana voy á Madrid, cobro la cuenta—una cuenta que tengo que cobrar—y arreglo la boda, aunque se *ocura* el *ponga*; esto es, aunque el cura se oponga.

CARMEN. ¿De quién se tratará? ¡Dios mio! El violinista... sí... me dijo que se marchaba á su pueblo.

D. ROQUE. Está V. pensativa se comprende; y ¡qué *sobrina* es la *futura bonita*!... ¡Caramba!

CARMEN. Gracias.

D. ROQUE. A mí me han puesto en el pueblo por mote Juan Yerra.

CARMEN. ¿Es V. veterinario?

D. ROQUE. No, yerra con *y* griega. Que viene de errar sin hache; pero soy el médico.

CARMEN. Vamos, el físico del pueblo.

D. ROQUE. Sí, así nos llaman en la *malicia;* digo, la milicia. Pues me pusieron yerra, suponiendo que todo lo equivoco, y es una *infama* justa; es decir, una justa *infama*... ¡por vida de!... una injusta fama. Ya acerté.

CARMEN. Es verdad, son injustos. (¿Cómo adivinaría yo?)

D. ROQUE. Luis la ama á V. siempre, picarilla.

CARMEN. ¡Luis!

D. ROQUE. Aunque parecía que se marchó al pueblo desesperado por la terquedad del otro, no ha dejado de pensar en V. Y estando la mamá conforme.

CARMEN. Lo está. (Con rapidez.)

D. Roque. Ya lo sé; por eso vengo á que este *arreglo* se *asunte.*

Carmen. El amor todo lo vence. ¡Luis! (He tenido diez y seis Luises de novios. ¿Cuál será?)

D. Roque. Tenga V. fé: *fá lé* todo lo salva. Por supuesto que V. seguirá queriéndole, á pesar...

Carmen. No; le quiero sin pesar. (Debe ser aquel tonto que me hizo el amor en el Retiro)

D. Roque. La verdad es que el cura... ¡Cuidado que es tenaz el cura: no querer que se casen Vds.

Carmen. ¡El cura!

D. Roque. Pero ¡caramba! Su mamá de V. no sale, y el tiempo está tasado. Puede volver...

Carmen. Voy, con su permiso, á avisarla. Repasaré la correspondencia de los lunes...

D. Roque. Pronto, que se va á acabar la *tropa* de *misa,* y no quisiera... (Váse Cármen.)

ESCENA VI.

D. ROQUE.

¡Qué emocion voy á proporcionar á los chicos! Repasaré las instrucciones de mi sobrino. (Saca una cartera y lee.) «1.ª El cura no falta de casa más que cuando dice la misa al regimiento.—2.ª Durante la misa es preciso que arregle usted con la mamá de Carmela la boda.—3.ª En oyendo la música de la tropa que vuelve de misa, eche V. á correr.»—¡Caramba! ¿Qué es esto? (Reparando en otro papel.) ¡Oh! El recibo de la cantidad que tengo que cobrar para D.... ¡Diablo! ¿Ha sonado una corneta? La verdad es que esto tiene algun compromiso.

ESCENA VII.

DOÑA RITA y D. ROQUE.

D.ª Rita. Beso la mano. (Trasa de militar no tiene.)

D. Roque. ¿V. es la mamá?

D.ª Rita. Yo soy, pues.

D. Roque. Pues yo soy Ramon, digo Roman Lopez, tío de Luis... No me siento; hemos perdido mucho tiempo... Vengo á arreglar la boda... á pedir la mano...

D.ª Rita. Buenos fines te trae V.... la venida sabíamos ya

D. Roque. ¡Cómo!

D.ª Rita. Cartas tenemos.

D. Roque. ¿Ha escrito? Bueno.

D.ª Rita. El sinco de oros seguro está... y el caballo de espadas claro es...

D. Roque. El cinco de oros... sí, con efecto, está muy claro... pero yo no lo entiendo... Me parece que he sentido una música.

D.ª Rita. Fácil es.

D. Roque. Sí, muy fácil; lo que es del Prefacio ya han pasado.

D.ª Rita. ¿Prefasio dise V.? De prefasios se puede dejar.

D. Roque. Justo; esto hay que arreglarlo antes que venga.

D.ª Rita. ¿El padre... no quiere V. ver?

D. Roque. Eso es; si viene el Padre... el Padre... (Ya no me acuerdo cómo se llama este cura.)

D.ª Rita. A los párrocos se fué.

D. Roque. Naturalmente, con los párrocos; es decir, con el párroco se habrá marchado... No, lo que es ahora he sentido un tambor.

D.ª Rita. Intranquilo está V.; el dos de bastos le salió, pues.

D. Roque. El dos de bastos. Esta señora debe ser caco... digo coco... no...cuco... vaya, no lo digo.

D.ª Rita. ¡Qué resará uste hombre!

D. Roque. En fin, en frases *brebas*: que soy el tío de Luis, y vengo á que arreglemos la boda de los chicos á espaldas del cura, y luego, á lo pecho hecho.

D.ª Rita. ¡Tonta me deja V.! ¡Por lo sívico quiere casar la niña! Atrós es el hombre!

D. Roque. ¡Señora!

D.ª Rita. ¡Cállate V.! ¡Los pantalones quisiera tener! ¡Vergüensa no hay! ¡Con la espalda del cura! (Muy sofocada.)

D. Roque. V. no me ha comprendido. ¿Es V. extranjera?

D.ª Rita. Viscaina soy... bien claro te habla.

D. Roque. Pues entónces *no amotivo el divino.* ¡Ay! ahora sí que ha sonado una trompeta...

D.ª Rita. ¡La del juisio final quisiera escuchar!

D. Roque. ¡Caramba! Y decía mi sobrino que estaba usted conforme.

D.ª Rita. Al padre te podías desir con eso.

D. Roque. ¿Al Padre? Si precisamente vengo para que el Padre no se entere.

D.ª Rita. ¡San Ignasio! ¿Por quién nos tomará? La mala lengua del tres de espadas es V. ¡El tres de espadas! No se falla...

D. Roque. Sí se falla: con el as del palo.

D.ª Rita. ¿Caballo y rey de bastos no ha tenido V.?

D. Roque. ¿Veinte en bastos? No, señora.

D.ª Rita. Palisa significa que le darán.

D. Roque. Sí, ya me lo ha anunciado mi sobrino; pero yo me escurriré antes de la bendicion y del *Ite misa est.*

D.ª Rita. ¿De bendision habla V. aun? (Suena un gran ruido de vidrio roto.)

D. Roque. ¡La música! ¡la música! ¡Esa sí que es la música!

D.ª Rita. ¿Música dise V.? La cosina se rompió... La mala sombra te trae V. con sí... Váyase usted, demonio es. ¡Qué vergüensa! ¡Ay! creo que me dará la privasion...

D. Roque. ¿Privacion? ¡Ah, sí! El apetito es la privacion de la causa; es decir... (Muy agitado.)

D.ª Rita. ¿Apetito...? que comer hay todavía... lechuguino no estará V... ¡Cármen!... mala me veo ya la privasion... ¡Cármen!...

D. Roque. ¡Señora!...

D.ª Rita. ¡Lotza gabe zikiña! ¡Orishere adithu bear guen duen! (Vase.)

ESCENA VIII.

D. ROQUE Y D. LESMES.

D. Roque. ¿Y decía mi conforme que la mamá estaba sobrino? Huyamos; la misa se estará acabando; si ahora llegase...

D. Lesmes. (Entrando.) ¡Calle! Servidor de V.

D. Roque. ¡Yo le diré á mi sobrinito que me meta en estas cosas!

D. Lesmes. Servidor de V.

D. Roque. (Reparando en D. Lesmes.) ¡Ay, Dios mio! ¡El cura, no hay duda!

D. Lesmes. Este debe ser el visitante extraño. (Saludándole con la cabeza muy expresivamente.)

D. Roque. (Seré fino.) Buenos días... Padre.

D. Lesmes. ¿Padre? Buenos los tenga V.

D. Roque. (Debo ponerme bien con él.) (Le coge la mano y se la besa.)

D. Lesmes. Beso á V. la suya. (Esta debe ser una moda nueva.)

D. Roque. (¡Miedo de tiemblo!)

D. Lesmes. ¿Y á qué debo el honor de verle en esta su casa?

D. Roque. Un asunto... importantísimo (¡pero cómo no habré yo sentido esa música!); un asunto... de conciencia. (Turbado.)

D. Lesmes. ¿De conciencia?

D. Roque. Pero ahora traerá V. mucho apetito y volveré otro día... no quiero tenerle en ayunas más tiempo.

D. Lesmes. No; si antes de salir de casa ya había tomado yo mi desayuno: un bollito y una copa de peñascaró.

D. Roque. ¡Zambomba! ¿Pero come V. antes de ir á misa?

D. Lesmes. Siempre.

D. Roque. ¡Jesucristo, qué hombre! (Me tira por el balcon si sabe... ¡Estos castrenses son atroces!)

D. Lesmes. ¿V. es el que estuvo aquí hace poco?...

D. Roque. Sí; digo, no; digo, sí, sí, yo soy. Vine á preguntar por V.; porque yo me meto en todo; vamos, soy de esos que van siempre oliendo donde guisan.

D. Lesmes. No, pues aquí no puede V. haber olido, porque rara vez se guisa...

D. Roque. Pero ¡qué listo es V... qué listo!

D. Lesmes. ¡Muchas gracias!

D. Roque. En qué poco tiempo ha dicho V. todas las oraciones. Y hay muchas desde *In nómini Patri* hasta *Ite misa est.*

D. Lesmes. ¡Las oraciones! ¿Qué dice V.? Está V. algo agitado. Serénese V., ya lo adivino todo... Al entrar aquí me ha llamado V. padre, y esa palabra me lo explica todo... ¡Pícaro!... Me ha querido V. llamar padre político.

D. Roque. Sí, justo; padre político militar.

D. Lesmes. V. creerá que yo no sé de la misa la media.

D. Roque. No, no; V. la sabe toda, naturalmente.

D. Lesmes. Bueno; hable V. tranquilo. Yo tambien me he visto en esos trances. Me han gustado mucho las mujeres.

D Roque. ¿Á V.?

D. Lesmes. Y todavía me gustan.

D. Roque. ¡Qué barbaridad!

D. Lesmes ¡Qué ha de ser barbaridad! V. viene interesado por Carmencita.

D. Roque. No, señor; se lo juro á V. He venido á ver á su madre para... para...

D. Lesmes. ¡Á su madre! Ahora me interesa doblemente su visita. Cuente V.

D. Roque. (¡Muerte es mi segura!) Si no se enfada V., se lo contaré todo; pero soy buen cristiano, conozco su genio...

D. Lesmes. Déjese V. de cuentos y confiésemelo V. todo.

D. Roque. Sí, señor, me confesaré... por si acaso... pero no no he hecho exámen de conciencia... *Confiteor Deo...*

D. Lesmes. Deje V. el latin, que yo no entiendo una palabra de ese idioma.

D. Roque. ¿No? (Es un presbítero montado.) Pero, hombre, ¿cómo no sabe V. latin?

D. Lesmes. ¿Y á V. qué le importa? ¿Viene V. á examinarme?

D. Roque. No; si yo lo que quiero es tomar la puerta... Pero le sentaría á V. bien el latin.

D. Lesmes. ¿Que me sentaría bien? ¡Ni que se tratara de una levita! En fin, si V. no viene á pedirme la mano de Carmencita, como suponía, explíqueme por qué me esperaba... por qué V. me esperaba.

D. Roque. No, esperarle, precisamente, no; pero (me he salvado) tenía encargo de decir unas misas.

D. Lesmes. ¿Es V. cura?

D. Roque. No, al contrario.

D. Lesmes. ¿Enfermedad?

D. Roque. ¡Cá! al revés.

D. Lesmes. Hombre: al contrario y al revés. ¿Qué diablos es V.?

D. Roque. Al revés digo, porque soy médico; es decir, era, porque ya no visito... Dicen que equivocaba las recetas... ¡Calumnia, señor, calumnia!... Yo no me equivoco jamás.

D. Lesmes. Eso ya se ve con sólo oirle un momento.

D. Roque. Tuvieron el valor de decir que en una receta había puesto cocimiento de opio, en vez de apio.

D. Lesmes. ¿Y se murió el enfermo?

D. Roque. No; á poco si me muero yo.

D. Lesmes. ¿Cómo?

D. Roque. De una paliza que me dió la familia del enfermo.

D. Lesmes. Vamos, es V. un médico que da el opio, como dicen los chulos. Pero vamos á las misas.

D. Roque. (Es interesado: le he cogido.)
D. Lesmes. De qué misas hablaba V.?
D. Roque. Yo le diré á V. de dónde salen las misas.
D. Lesmes. Caballero: esa incoherencia de lenguaje me hace sospechar de V. algo grave; voy á llamar á mi hija.
D. Roque. ¡Su hija! ¡Carmela!
D. Lesmes. Sí, señor.
D. Roque. ¡Su hija! En buena parte quería meterse mi sobrino. ¡Su hija! V. no puede decir eso.
D. Lesmes. ¿Cómo que no? Y muy alto, señor mío.
D. Roque. Le recogerán á V. las licencias.
D. Lesmes. Y á V. le deben recoger la lengua.
D. Roque. Yo guardaré el secreto.
D. Lesmes. ¿Y á mí qué me importa que se lo diga V. á todo el mundo?
D. Roque. El que no tiene calle toda la vergüenza es suya.
D. Lesmes. Este señor no está bueno.

ESCENA IX

DICHOS Y CARMEN

Carmen. ¡Papá!
D. Roque. ¡Ha dicho V. papá, así, sin más...!
D. Lesmes. Sí, señor; ha dicho papá...
Carmen. Mamá se ha puesto mala.
D. Lesmes. ¿Mamá?
D. Roque. ¡Papá... delante de gente!
Carmen. Le ha dado un ataque.
D. Lesmes. Pero ¿qué tiene?
D. Roque. Ya he dicho á V. que yo soy médico.
D. Lesmes. Sí, el médico del opio. (A Carmen.) ¿De qué se queja?
Carmen. Dice que el siete de copas...
D. Roque ¿Siete copas? Ya había yo notado que no tenía la cabeza... Amoniaco...
D. Lesmes. Caballero, ¿qué quiere V. decir?
D. Roque. No, los escesos de la bebida son naturales en

las señoras... ¡Siete copas!... Tan buena es la señora como... ¡Qué familia!... ¡Qué familia!...

D. Lesmes. Voy á ver qué tiene: si ese hombre pretende marcharse, grita... Necesito que me explique sus palabras sobre lo de papá... ¡Quieto! (Váse.)

ESCENA X

D. ROQUE y CARMEN.

D. Roque. En cuanto yo me vea en mi pueblo, ¡qué tiron de orejas le doy á mi sobrino!

Carmen. Caballero, no haga V. caso, á mí no me importa nada esto.

D. Roque. A mi ménos.

Carmen. Estoy resuelta á todo.

D. Roque. Yo tambien; esta es la ocasion de escapar.

Carmen. ¡Espere V., por Dios!

D. Roque. Sí, para que su tio de V., ó su papá, ó lo que sea, me dé la uncion. (Se dirige á la izquierda.)

Carmen. ¿Va V. á tirarse por el balcon?

D. Roque. ¡Ah, es el balcon! Bueno. (Se dirige á la puerta de la derecha.)

Carmen. ¡Que esa es la alcoba de mamá!

D. Roque. ¡Caramba! Una pregunta para mi tranquilidad. Supongo que su papá y su mamá no serán hermanos, como la gente cree?...

Carmen. ¡Ave-María Purísima!

D. Roque. Sí, santígüese V., que de todas maneras...

Carmen. Lleve V. á Luis la expresion de mi afecto, la expresion de mi voluntad, la expresion...

D. Roque. Bueno, expresiones.

Carmen. Que venga: yo me dejaré robar como la condesa.

D. Roque. No ha robado ninguna condesa.

Carmen. A mí no me importa la oposicion de mamá, ni la oposicion de papá, ni todas las oposiciones.

D. Roque. Hija mía, parece V. un mal gobierno.

Carmen. El amor todo lo atropella.

D. Roque. Sí, y el cura tambien.

CARMEN. El cura es la prosa del amor.

D. ROQUE. ¡Pues bonita prosa tiene V. en su casa! Más le valía tener á su padre en verso.

CARMEN. Seré suya contra viento y marea. Pero ¡ah! ¡Qué idea! Róbeme V.

D. ROQUE. ¡Vírgen Santísima!

CARMEN. Un caballo veloz nos conduce hasta donde Luis nos espera.

D. ROQUE. ¡Doce leguas á caballo! Buenos llegaríamos. (La niña es digna de la familia.)

CARMEN. Ande V. (Le coge el brazo.)

D. ROQUE. Pero, señorita, suélteme V...

CARMEN. ¡Jamás... huyamos!

D. ROQUE. Permita V. que huya solo...

ESCENA XI.

Dichos. DOÑA RITA y D. LESMES.

D.ª RITA. ¡El de lo sivil tienes aun con la niña que te agarra!

CARMEN. ¡Oh! maldicion.

D. ROQUE. ¡Otra vez el cura!

D. LESMES. Explique V. las inconveniencias que ha dicho á esta señora, las que me ha dicho á mí, las que ha dicho á esta niña...

CARMEN. ¡A mí ninguna! (Con rapidez.)

D.ª RITA. No te mandes hablar, niña.

D. ROQUE. (Completamente aturdido.) Justo: no te mandes.

D. LESMES. Voy á llamar á la autoridad para saber si es usted un loco, ó un seductor, ó un ratero.

D. ROQUE. ¡Eso me faltaba! Pues bien, clarito: yo soy ahora, sépalo V., quien se opondrá á la boda de mi sobrino, con una niña que no tiene nombre.

D.ª RITA. Cármen, María, Antonia, te tienes.

D. ROQUE. Quiero decir apellido.

D.ª RITA. Lopez, Tamogui-Artazubencoa... ¿qué más querrá V. tener?

D. ROQUE. Nada, queda rota para siempre la boda.

D.ª Rita. Con mico de espadas salistes...

D. Lesmes. Deja las cartas; estoy hasta la coronilla...

D. Roque. ¿Coronilla? ¡Qué poco respeto!... (Tratando de verle la corona.)

Carmen. Estoy dispuesta á la fuga como la heroina de *La mujer de Estopa*. (A Roque.)

D. Roque. Para que venga el diablo y sople. Para que vea usted el error en que estaba mi sobrino, vea usted las instrucciones que me ha dado de su puño y letra...

D. Lesmes. Vengan. (Coge la cartera y lee.)

D. Roque. No quiero una resuelta tan sobrina, ni una mamá... así... ni un padre... cura. En una hora he conocido á la familia; yo no me equivoco nunca.

D. Lesmes. ¿Conque V. no se equivoca nunca? ¡Bendito sea Dios, qué error! Pues vaya V. al cuarto de al lado, que es donde vive el capellan del regimiento de España.

Carmen. Con una sobrina cursi.

D.ª Rita. Más fea que V., la verá

D. Roque. Entonces... ¡Jesús, qué equivocacion!... el otro es el cuarto de enfrente.

D. Lesmes. Sí, señor.

D. Roque. ¡Pues si allí me han dicho que el cuarto de enfrente era éste!

D Lesmes. Naturalmente, el uno es el frente del otro.

D.ª Rita. La cabesa se le llevan á V. los pájaros.

D. Roque. No, poco á poco, que yo sé lo que me hago; mis apuntes son claros. «En el cuarto de enfrente vive D. Lesmes Lopez.»

D. Lesmes. Servidor de V.

D. Roque. ¡Vamos, no ha sido grande el error! ¡Si tambien tengo que verle á V.! El recibito de D. Serapio; ya sabe V. de qué se trata.

D. Lesmes. ¡Cuando yo decía que este hombre debía ser un acreedor!

D.ª Rita. La cuenta te presenta al fin, el basto era este caballero.

CARMEN. Adios mi boda.

D. ROQUE. ¡Eh, señora! Yo seré lo que V. quiera. Basto, no: y aun me detengo... Voy á escape... ese capellan estará para volver. Vds. dispensen. Tiene una sobrina, ¿verdad?

CARMEN. Una tonta.

D.ª RITA. Monjita quiere el cura que profese.

CARMEN. Ni siquiera conoce *Los Miserables*.

D. ROQUE. ¡Hombre! Ni le hacen falta relaciones de esas ¡Si se tratara de espléndidos!

D.ª RITA. Ni nunca en capilla la viste como nosotros.

D. ROQUE. ¡Han estado Vds. en capilla!

D.ª RITA. La capilla pública de palasio... siempre estamos en fila primera.

D. LESMES. Caballero, yo ahora mismo no puedo pagar.

D. ROQUE. Bueno, yo tampoco quiero detenerme: lo primero es... (Suenan las cornetas del regimiento que vuelve de misa.) ¡Ay! ya he perdido una semana.

D.ª RITA. Fastidiate, la monjita.

D. ROQUE. ¡Por V.! ¡Con esa facha de cura de misa y olla!

D. LESMES. Hombre, de misa puede ser; pero de olla... no se pone en esta casa, mientras haya espectáculos al aire libre.

CARMEN. ¡Qué suerte tienen algunas!...

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

D. LESMES. Y del que come siempre crudo.

D.ª RITA. (Al público.) Arri turri motilás.

D. LESMES. ¡Pero, mujer, deja el vasco!
No te entienden.

D.ª RITA. Claro estás
Que si un aplauso te dás,
diremos escarrik-asco.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.